

La calle para el miércoles 27 de febrero de 2008
Diario de un espectador
Edith Piaf
por miguel ángel granados chapa

La galardonada cinta de Oliver Dahar con Marion Cotillard en el papel de Edith Piaf narra una tragedia desgarradora. Pero quizá fue más grande el dolor vital de la cantante francesa en los escasos 48 años en que transitó por las calles y los escenarios.

Su nacimiento mismo fue atroz, un augurio de lo que serían sus padeceres. Su madre era una cantante callejera, que también actuaba en bares sórdidos a cambio del vino a que era adicta. Esta ebria cuando parió a la pequeña Edith, en el patio de una comisaría, y en cuanto pudo se deshizo de la escuálida niña. La confió a su madre, primero, y después su padre, un contorsionista de pocas pulgas, que reñía con los empresarios de circo con quienes trabajaba, la llevó con su propia madre, justo antes de ser enrolado para pelear en la primera guerra mundial. A su regreso, tomó a su hija del burdel donde había sido llevada, y donde las prostitutas le daban calor y cariño. La frágil salud de la pequeña hizo que un ataque de meningitis le produjera ceguera temporal, de que se curó según sus cuidadoras por un milagro de santa Teresita de Lissieux. En sentido estricto, la recuperación de la vista, y por esa causa, debió ser uno de los pocos instantes luminosos de su vida.

A poco de su debut como cantante callejera al lado de su padre, se abandonaron recíprocamente y ella se embarazó a los 16 años, como fruto de su breve romance con Louis Dupont, de quien se separó inmediatamente. Ella quedó a cargo de la pequeña Marcelle, pero la juega triste en que permanentemente vivía Edith la impidió atenderla, por lo que su hija murió a los dos años de edad, víctima de la meningitis que a ella la había cegado.

Como aparece en la película, el empresario de espectáculos Louis Leplée la descubrió en una esquina parisiense, y quedó prendado de su voz. La contrató para cantar en su restaurante Gernys y la puso en contacto con la plana mayor de la farándula, en la que figuraban la pianista Margarita Monnot y el escritor y promotor artístico Raymond Asso, quien fue su Pígalión. Recuérdese que este personaje mitológico ilustra el esfuerzo de un creador por mejorar las calidades de su criatura, como lo vimos en la pieza *Mi bella dama*, basada en una obra de George Bernard Shaw, en que el profesor Higgins a base de duras lecciones consigue desbrozar la rudeza arrabalera de Elisa Doolittle hasta hacerla una inteligente y sensible dama de sociedad, conocedora de las palabras y del modo mejor de pronunciarlas. Así obró Asso con Edith: la hizo cobrar consciencia de lo que cantaba, del sentido de las letras para que al vocalizarlas ganara su expresión, que se enriqueció con la comunicación gestual en que también la instruyó este hombre con quien vivió un amorío.

El capítulo de la vida romántica (por llamarla de algún modo) de Edith Piaf fue obviado en la película que ahora atrae gran cantidad de pública. Es seguro que por miedo a la soledad de su infancia Edith se sentía impulsada a emparejarse continuamente, a menudo con cantantes de menor edad que ella, con los que vivía sólo breves temporadas. Ese fue el caso de Ives Montand, de Charles Aznavour, de Georges Moustaki, cuya carrera fue impulsada por ella. En Estados Unidos se ligó con Marlon Brando, y allí mismo conoció a Marcel Cerdán, el boxeador con que él vivió su más intensa etapa amorosa, de sólo dos años, interrumpida por el accidente aéreo en que él perdió la vida. Su dolor sólo fue comparable con el que le provocó la pérdida de su descubridor, Louis Leplée, a quien llamaba padre por que la protegió. Pero la policía la implicó en su asesinato (efectivamente cometido por amigos de ella) y fue linchada en los periódicos y en la radio cuando apenas despuntaba su carrera como artista exclusiva de discos Polydor en 1936.